



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

En 1999 centenares de jóvenes pasaron por las audiciones para interpretar a Harry Potter. Entre los dos candidatos que llegaron hasta el final, Daniel Radcliffe fue elegido por tener, según la directora del casting, «ese algo extra». Al leer estas declaraciones, David Foenkinos empatizó de inmediato con el chico que no tenía ese toque extra: el número dos. Esta novela narra su historia.

La vida de Martin Hill, un chico con padres divorciados y gafas negras y redondas, da un vuelco cuando acude por azar a la productora londinense en la que

trabaja su padre el mismo día en que pasa por ahí David Heyman, inmerso en la búsqueda del actor que encarnará al pequeño mago. Tras ser descartado, Martin irá cayendo en sucesivas depresiones con cada nueva entrega de los libros y las películas. A su alrededor, todo le recuerda el éxito de su rival y poco a poco, en lugar de disfrutar de la vida que pudo tener como intérprete de Harry Potter, empieza a parecerse, en su vida real, al atormentado personaje de ficción. ¿Podrá sobreponerse a esa mancha en su destino y hacer del fracaso una fuerza?

TEMAS DE LA NOVELA

EL FENÓMENO: ¿SER O NO SER HARRY POTTER?

David Foenkinos jamás se repite, siempre se reinventa y sabe sacar jugo de las anécdotas más diversas como fuentes de inspiración. La chispa que desencadenó la escritura de *Número dos* surgió un día en el que, leyendo la página de Wikipedia sobre Harry Potter, se encontró con una entrevista a la directora del casting de la película que decía que había sido una experiencia increíble encontrar esa persona. De cientos de personas que llegaron de todas partes para presentarse solamente quedaron dos. A partir de esta premisa, Foenkinos pensó inmediata-

mente en ese niño que estuvo a punto de tocar el cielo y fue rechazado, sintiendo una empatía enorme hacia él.

«En 1999 arrancaba el casting para encontrar al chico que interpretaría a Harry Potter y que por tanto se haría mundialmente famoso. Centenares de actores pasaron por las audiciones. Al final, solo quedaron dos. Esta novela cuenta la historia del que fue descartado». (p. 9)

Los libros habían sido un éxito rotundo y solo faltaba encontrar a alguien de carne y hueso que representara la imagen del personaje de ficción que ya tenía tanto éxito a nivel literario.

«Firman el contrato. La editorial aconseja a Joanne que modifique su nombre

de pila con el fin de que el libro, escrito por una mujer, no se encasille como “un libro para niñas”. Así es como Joanne se convierte en “J. K.” en la portada del primer tomo de la serie, publicado el 26 de junio de 1997. La K. es de Kathleen, su abuela paterna. La primera tirada es prudente, solo dos mil quinientos ejemplares, pero enseguida hay que hacer varias reimpresiones. Unas semanas después, la novela se coloca en el primer puesto de los más vendidos y empieza a hablarse ya de fenómeno. Mientras Joanne escribe la continuación, la explosión continúa. El libro está traduciéndose en el mundo entero, tras unas subastas importantes. Ya solo falta un elemento para rematar el milagro: una adaptación cinematográfica». (p. 34-35)

Foenkinos se adentra en los entresijos que rodean la compasión y traza un relato sobre la condición humana y las consecuencias que los pequeños contratiempos tienen sobre toda una vida.

«Su vida dio un vuelco en noviembre de 2001. Curiosamente, Martin no vio venir lo inevitable. Ni tampoco sus padres. Y eso que estaba bastante claro que la adaptación de aquel fenómeno editorial no pasaría desapercibida. Fue peor que eso. De entrada, los preestrenos de la película sembraron una suerte de histeria colectiva que batió todos los récords. El día del estreno, el 16 de noviembre, solo se hablaba de Harry Potter. Arrancó entonces para Martin el verdadero horror: a partir de ese momento le resultaría imposible obviar lo que había dejado escapar. Imposible acogerse al famoso “derecho al olvido” al que se alude para los criminales. Peor aún, parecía que el país

entero avivaba las brasas de su fracaso. Cada vez era más complicado encender el televisor sin toparse con el rostro radiante de Daniel Radcliffe, sin escuchar el relato de su maravillosa vida cotidiana. Todo Londres estaba forrado con su cara. A la gente le caía fenomenal, quería saberlo todo sobre él; se rumoreaba incluso que pronto tendría audiencia con la reina. La vida del Otro se le imponía de continuo. No parecía haber salida. Todas las esferas estaban contaminadas. Hasta su profesora de inglés le falló al dedicar una clase entera al léxico de *Harry Potter*. Como una penitencia, Martin tuvo que estudiarse el significado de las palabras inventadas por J. K. Rowling. Por suerte, aún podía refugiarse en París los fines de semana, aunque la tregua duró poco. En diciembre, Francia también se dejó invadir por la película, que acumularía más de diez millones de localidades vendidas; un balance fabuloso. Lo mismo ocurriría en el mundo entero. Al cabo de poco, ya no quedaría un solo rincón del planeta que no le recordara aquel borrón de su destino». (p. 93-94)

EL AZAR

El azar es algo que obsesiona a Foenkinos y es uno de los grandes temas de esta novela.

«Siempre asociamos el azar con una fuerza positiva que nos catapulta hacia momentos maravillosos. De forma sorprendente, casi nunca se alude a su versión negativa, como si el azar hubiera confiado la gestión de su imagen a un as de la comunicación. La prueba: se

suele decir que “el azar hace bien las cosas”, algo que enmascara por completo la idea de que también es capaz de hacerlas mal». (p. 27)

En el caso de Martin, cuya vida da un vuelco por dos circunstancias aparentemente azarosas, le afecta muy directamente. La primera: a los diez años le diagnostican miopía, por lo que su padre le compra unas gafas negras y redondas.

«Te ha empeorado la vista desde el año pasado. Vas a tener que ponerte gafas», concluyó la enfermera. Con diez años, el anuncio se considera por lo general bastante gracioso. Uno todavía no sabe que perderá horas buscando por todas partes esos dos circulitos de cristal sin los que no podrá salir; uno tampoco puede saber que las partirá justo antes de una cita importantísima y que tendrá que arreglárselas en medio de una niebla total; uno no puede saber, en fin, que, si algún día tiene que ponerse una mascarilla quirúrgica, se moverá en un mundo sometido a la dictadura del vaho. Por el momento, Martin opina que las gafas le darán un toque serio, o al menos inteligente, y que seguramente eso a Betty le gustará». (p. 28)

Por otro lado, la abuela de su canguro se cae por las escaleras y no puede cuidar de él, de ahí que el niño vaya a buscar a su padre en el estudio el mismo día del casting.

«La segunda iniciativa del azar se llamaba Rose Hampton, una joven de veintidós años que cuidaba a Martin cuando su padre tenía rodaje. El niño estaba fascinado por sus caprichos capilares: Rose cambiaba de color de pelo sin cesar. Varios años después, cuan-

do descubriera la película *¡Olvidate de mí!*, Martin no podría por menos que acordarse de Rose frente al personaje interpretado por Kate Winslet. Su niñera poseía el mismo carisma, la misma dulce extravagancia. El chico no se atrevía a reconocerlo por miedo a hacer el ridículo, pero sentía algo por ella. El corazón de un hombre late a veces en el cuerpo de un niño. Por desgracia, Rose salía con un bruto que jugaba al críquet. Pero eso no era lo más importante. Lo importante fue una caída por unas escaleras. Margaret pisó mal un escalón y sufrió una aparatosa caída. Murió en el acto. Era la abuela de Rose; su adorada abuela. Destrozada, la chica viajó corriendo a Brighton para organizar el funeral y dejarse absorber por un dolor inconmensurable. Durante días, vagó junto a la orilla del mar asediada por los recuerdos felices de su infancia. Qué absurdo irse así, cuando la vejez todavía no había hecho mella en su abuela. Una mala inclinación del pie, de un milímetro quizá, había resultado ser fatal. Un error ínfimo que te catapultaba hacia la muerte. Y fue ese fallo infinitesimal, esa especie de mota de polvo irrisoria, lo que provocaría también un vuelco en el destino de Martin. El escalón que la abuela de su canguro pisó mal sería, en definitiva, el origen de su infortunio». (p. 29-30)

Harry Potter es probablemente el mayor fenómeno de masas del siglo. Debe de haber poquísimas personas de entre tres y cien años en todo el mundo que no hayan oído hablar de ese pequeño mago, por lo que haber estado a punto de interpretarlo tiene que condicionar la vida de

cualquiera. Cada año, con una nueva entrega de los libros o de la película (nada menos que ocho), Martin se siente caer en una depresión tras otra. Resulta difícil —y más todavía en Londres— entrar en una librería, encender la televisión o jugar en el patio del colegio sin encontrarse carteles, cubiertas, merchandising o la imagen de su famoso contrincante, Daniel Radcliffe; por mucho que su familia o su psicólogo se empeñen, por mucho que busque una salida a su tragedia íntima en el amor, todo le acaba recordando esa gran mancha en su destino.

EL FRACASO

Junto con la empatía, el fracaso es el gran tema de la novela: no triunfar en la vida, ser un segundón, no tener éxito profesionalmente, en el amor, en la vida en general y, por supuesto, el hecho de sobreponerse a ese fracaso, hacer de él una fuerza. Foenkinos es una persona optimista y hará todo lo posible para llevar a Martin a comprender esa derrota, encontrar consuelo y entender el valor de haber sido “el otro”, en lugar de haber sido Harry Potter. «A más fama, más parece poseer la gente una opinión sobre tu pasado. Cada cual aporta una nueva pista, una revelación escabrosa o luminosa; hasta la persona más insignificante a la que una noche en una fiesta le ofreciste un cuenco de patatas fritas se plantea escribir una tesis doctoral sobre ti. En cualquier caso, todo el mundo coincide en aludir a una imaginación precoz e impresionante. Pero el talento literario nunca ha ayudado a nadie a ser feliz, como bien es sabido». (p. 32)

Igual que con *Charlotte y La delicadeza*, Foenkinos logra reírse de la banalidad de las tragedias humanas para, al mismo tiempo, tratarlas con muchísima elegancia y ternura a través de frases brillantes, reflexiones geniales y notas a pie de página memorables. Lo que puede parecer un tema aparentemente trivial o ligero nos lleva a reflexionar mucho y nos roba muchas sonrisas, ese equilibrio tan propio y mágico de Foenkinos.

«Las imágenes del Otro lo obsesionaban. Debía de estar festejando su victoria, embriagándose de lo que estaba a punto de vivir. Martin sintió que unos celos abismales invadían su cuerpo. “¿Por qué él y no yo?”, repetía sin cesar, como el estribillo de su amargura. En la fiebre de aquella noche inyectada de decepción, se puso a imaginar: “¿Y si lo eliminara?”. Una idea descabellada, absurda, demencial. Si una persona te arruinaba la vida, ¿no había que apartarla sin más? Se acordaba de un suceso ocurrido unos años antes; había estado en boca de todos. Al no soportar la idea de ser la segundona, una patinadora artística estadounidense se las había arreglado para lesionar la rodilla de su rival. Solo que enseguida todas las pistas apuntaron hacia ella. Si el otro actor aparecía asesinado, era harto probable que la policía viniera a buscarlo de inmediato. En el laberinto de sus pensamientos morbosos, Martin se imaginaba ya en prisión. La verdad es que estaba divagando. Menudo disparate. Al final se durmió, completamente perdido». (p. 89)

EXTRACTOS

«Se conocieron en un concierto de los Cure. En 1984, John lucía el mismo corte de pelo que el cantante, una especie de baobab en la cabeza. Jeanne era au pair en casa de una pareja de ingleses jóvenes tan ricos como inflexibles, y su melena formaba un cuadrado impecable. Si el corazón fuese capilar, jamás se habrían reconocido. Por lo demás, Jeanne estaba en aquel concierto un poco por casualidad, azuzada por Camille, otra francesa a la que había conocido en Hyde Park. Las dos se fijaron en esa especie de energúmeno al fondo de la sala con pintas de estar completamente perdido. Empalmaba las cervezas como el grupo empalmaba los temas. Al cabo de un rato, le fallaron las piernas. Las dos chicas se acercaron para levantarlo, él intentó darles las gracias, pero su boca pastosa ya no era capaz de

producir ni un mísero sonido inteligible. Lo acompañaron a la salida a que le diera el aire. John estaba lo bastante lúcido para sentirse francamente patético. Camille, como fan fatal que era, se metió de nuevo en la sala, mientras que Jeanne se quedó con el muchacho en vías de perdición. Más adelante se preguntaría: ¿debería haber salido por pies? Cuando nos conocimos, estaba cayéndose redondo, no es un dato anodino. “No hay que fiarse de las primeras impresiones; suelen ser acertadas”, escribió Montherlant, o al menos Jeanne creía que podía atribuírsele a él la cita, probablemente extraída de *Les Jeunes Filles*, novela que todas sus amigas devoraban por aquel entonces. Muchos años después, descubriría que aquellas palabras las había pronunciado Talleyrand». (p. 13-14)

«John vivía allí, en un territorio minúsculo heredado de su abuela. Antes de morir, la mujer le había dicho: “Te dejo el piso con la única condición de que vayas a regar las flores de mi tumba una vez a la semana”. No es muy habitual que se haga valer un contrato indefinido entre una difunta y un vivo. Quizá otro ejemplo de humor inglés. En cualquier caso, el nieto aceptó el pacto y jamás faltó a su promesa. Pero regresemos a los vivos. Aquella noche, Jeanne, de ordinario reservada, decidió subir a casa de John. Juzgaron entonces preferible desvestirse con tal de no dejarse puesta la ropa empapada. Una vez desnudos, uno frente al otro, no les quedó más remedio que hacer el amor. [...] Les hacía gracia llamarse John y Jeanne. Se narraron durante horas; todas las páginas del pasado. En los albores del amor, el ser amado es una novela rusa. Es río caudaloso, furioso. Descubrieron multitud de puntos en común. La literatura, por ejemplo. A los dos les gustaba Nabokov y se prometieron ir algún día a cazar mariposas para emularlo. Por aquel entonces, Margaret Thatcher reprimía con brutalidad las reivindicaciones y esperanzas de los mineros en huelga; a ellos les traía sin cuidado. La felicidad no entiende de condición obrera; la felicidad siempre es un poco burguesa». (p. 15-16)

«La ceremonia fue íntima y lluviosa. En el ayuntamiento sonó una canción de los Cure en el momento en que entraron los inminentes recién casados. Los pocos amigos invitados aplaudieron a la pareja, que, como manda la tradición, se besó fogosamente tras intercambiar las alian-

zas. Por desgracia, y por sorprendente que parezca, nadie se acordó de pertrecharse con una cámara de fotos. Tal vez fuera mejor así; cuando no hay huella física de la felicidad se reduce el riesgo de que posteriormente lo embargue a uno la nostalgia». (p. 18)

«Tan avergonzados como atónitos, se prometieron que su aventura tendría los días contados; estaban hurtándole una pizca de locura a su vida cotidiana y procuraban hacerlo sin que la culpabilidad los machacara; la vida era demasiado corta para ser intachable. La esposa traicionada allanó aquel paréntesis a raíz del descubrimiento de unos mensajes. Podría haber abandonado a su marido, pero no fue eso lo que hizo. Exigió que el affaire acabase a la voz de ya. Él accedió de inmediato, pues no estaba dispuesto a renunciar a la familia que había construido ni al día a día con sus tres hijos. Dimitió del periódico y encontró un puesto en un canal de televisión local en Mánchester, que lo obligó a mudarse. Jeanne no volvió a verlo nunca más. Pasó semanas como embrutecida, estupefacta al constatar la velocidad a la que se había esfumado su felicidad. Ir a trabajar se volvió un suplicio; comprendió entonces que aquella historia que ella había creído ligera la había trastornado. Ironías constantes del corazón, John había estado especialmente cariñoso durante todo este período. Cuanto más esquiva se mostraba Jeanne, más intentaba él acercarse a ella. Pero John le estorbaba; necesitaba estar sola; ya no lo amaba. Reunían por pequeñeces que ella fomentaba. Necesitaba echar un manto sobre su desamor». (p. 23)

«Ann había pronunciado esas tres palabras con voz monocorde, como si fuese todo de lo más normal. Flotaba en el ambiente una especie de aroma de certeza. David acudiría al cóctel y conocería a J. K. Rowling. Le propuso a Ann que lo acompañara. A fin de cuentas, el libro lo había descubierto ella. Pero Ann puso una excusa, tenía que dar de comer a Chéjov y Tolstói, sus dos gatos, qué mala pata. Le parecía un gesto elegante que David la invitase, pero no se sentía a gusto en esos saraos donde hay que saber poner una sonrisa bobalicona y a la vez hacer comentarios inteligentes. Le seducía, en cambio, la idea de ser una especie de consejera en la sombra. Aquella tarde, en el metro abarrotado, nadie podía imaginar que aquella pasajera entraría en la historia del cine como la alcahueta de un éxito descomunal». (p. 41)

«Emily se ofreció a hacer las presentaciones, pero no veía a Joanne en la sala. Seguramente habría salido a tomar el aire. La chica aprovechó para llenar el silencio antes de que se instalara: “Para tiradas tan modestas no acostumbramos a hacer lanzamiento. Hemos invitado a varios periodistas de medios juveniles y a bibliotecarias que van a organizar concursos sobre Harry Potter”. Al cabo de varias frases en esta línea, por fin apareció Joanne. Emily y David se encaminaron hacia ella. Si hubiera sido una película, la escena habría merecido un efecto de cámara lenta. Pero en una novela... se antoja complicado... ralentizar... el ritmo... de una acción..., a menos... que se recurra a los... puntos suspensivos». (p. 42)

«Historia de Pete Best

Se ganó el apodo de “el hombre más desafortunado del mundo”. Y es que lo echaron de los Beatles apenas unas semanas antes de que se convirtieran en la banda más legendaria de todos los tiempos. Como en Liverpool tenía contacto con John, Paul y George, se incorporó al conjunto durante la larga temporada que pasaron en Hamburgo. Pete, un chico solitario, se quedaba siempre un poco descolgado. Los demás lo imaginaban muy seguro de sí mismo, altivo. Además, era muy guapete». (p. 94-95)

«¿Era posible encarnar a un personaje de ficción en la realidad? Martin empezaba a creer que sí. Se había quedado a las puertas del papel, pues contaba con todas las cualidades para encarnar a Harry. Y por fin lo conseguía, pero en la vida real. Entonces le dio por pensar: “¿Y si me leo los demás tomos para saber qué va a ser de mí ahora?”. Todo el arranque coincidía a la perfección. Vernon y Petunia Dursley dejaban que su sobrino se pudiera debajo de una escalera. Y eso que había otra habitación disponible en casa. Pero su hijo, Dudley, necesitaba dos: una para dormir, otra para almacenar sus juguetes. A Martin también lo habían restringido, no a un armario, desde luego, pero sí a una zona muy limitada del piso. Y Martin comprendió que aquello no era más que el comienzo. La presión malintencionada no haría sino aumentar». (p. 127-128)

«La psicóloga escuchaba con compasión el relato de aquella madre perdida. Estaba acostumbrada a momentos así. Anotó

«Harry Potter» en su cuaderno. El nombre le sonaba de algo, claro está, pero poco más. Ella era más de Rohmer que de Potter. Resultaba por tanto posible vivir ajeno al fenómeno. Su primera sensación era sencilla: poco importaban las causas y las condiciones de un rechazo, jamás había que minimizarlas. Ella sabía perfectamente que una persona podía morir por no ser deseada, valorada, elegida. A Jeanne le abrumó la emoción; se sentía escuchada y apoyada. Pero seguía sin disponer de elementos que le permitieran comprender el gesto de su hijo». (p. 147-148)

«¿Y si el amor fuese la solución? Sentirse deseado, valorado, amado, tal vez ese fuera el antídoto para la obsesión de su fracaso. Pero para ello tenía que conocer a una mujer que pudiera vendarle el corazón. Se puso a buscarla. Como es natural, primero intentó restablecer el contacto con Mathilde, pero esta no quería ni oír hablar de él. Martin acechó entonces a las visitantes del museo, se dio de alta en webs de contactos y empezó a caminar más despacio por la calle. Pero no había nada que hacer; ni el más mínimo encuentro en el horizonte. Sencillamente, Martin había pasado por alto un elemento: es de sobra sabido que para hallar el amor hay que dejar de buscarlo. Cuando se topó con un anuncio de una vidente, decidió consultarle. La mujer respiró muy hondo, como si hubiera que practicar la apnea para entrever el porvenir en lo más hondo de una misma, y al final dijo: “La conocerá usted en una cocina...”. Martin quiso saber más, pero era lo único que la pitonisa veía. Aun así,

aquel dato enigmático y lapidario le costó cien euros». (p. 175-176)

«A Martin le gustó recibir las palabras de aquella desconocida que con tanta naturalidad le había abierto su corazón. Concentrado en los detalles de su relato, dejó de prestar atención a los invitados de paso que lo apartaban para coger un vaso o tirar la ceniza por la ventana. Escuchar hablar a esa chica era salirse de la multitud. Se sentía bien con ella, era instintivo; y realmente excepcional para una criatura que se entusiasma con la misma frecuencia que llueve en Etiopía. Ahora le tocaba hablar a él. Sophie le había preguntado: “¿Y tú? ¿A qué te dedicas?”. Tocaba definirse, tener algo que decir sobre uno mismo, brindar el pasado para recibir presente. Sonaba con un encuentro que no se basara en nada concreto. Se acordó de las palabras de Flaubert a Louise Colet: “Lo que me parece bello, lo que me gustaría hacer, es un libro sobre nada, que se sostuviera por sí mismo gracias a la fuerza interior de su estilo”. Sí, ese era exactamente su deseo: vivir un encuentro sin tener que narrarse, un encuentro que se sostuviera gracias a la mera fuerza interior de su estilo». (p. 194)

«Esa misma noche se lo contó todo a Martin. Lo que había hecho su amigo no cambiaba nada de su propia historia, y sin embargo la anécdota lo apaciguó. Lo violento del fracaso es perder el dominio del propio destino. Es la sumisión a las decisiones de otro. Al actuar de ese modo, Karim no reparaba nada, pero experimentaba una sensación parecida a la de recuperar el control. Era él quien había decidido sobre su propia suerte, y

ese acto de valentía conmovió a Martin. Con su actitud, Karim había vengado el honor de todos los segundones». (p. 203)

«Martin se detuvo en aquella fórmula: “La dictadura de la felicidad de los demás”. Podría haber sido un buen título. Pero la decisión estaba tomada: abandonaba el proyecto de escritura. Comprendía que a través de las palabras se pudiera liberar lo que uno tenía guardado en lo más hondo, incluso había empezado a sentirlo; una especie de terapia mediante comas. Pero, en última instancia, aquello no era para él. Al ir a buscar los vestigios de su sufrimiento, tenía la sensación de que este se encarnaba de nuevo. Y hete aquí que Martin empezaba de cero una vez más, en la incertidumbre más absoluta. Hubo peleas y reconciliaciones; hubo miedos al futuro y refugios en las bellezas del pasado. Aquella pareja que tenía todos los mimbres para ser suiza estaba volviéndose rusa. Martin estaba malogrando su vida, porque prefería sufrir solo.

Lo intentaron todo, nada funcionaba. Y entonces. Y entonces, una tarde, Sophie se acercó a Martin.» (p. 210-211)

«Es raro que uno tenga acceso a su destino opuesto; nuestro camino único no brinda el menor acceso a los senderos que no tomamos. En cierto modo, los dos habían soñado con la vida del otro. Los dos habían deseado lo que no tenían. La luz en el caso de uno; la sombra para el otro. Al conocerse, se sosegaron mutuamente. Y llenaron, de alguna manera, la parte ausente de su destino. Pero la cosa no acabó ahí. No solo decidieron volver a verse, sino que finalmente compartirían la vida del otro. Daniel llevaría a Martin a una ceremonia de los Globos de Oro, mientras que Martin propondría a Daniel que pasara un día entero en una sala del Louvre. La gente no mira a los vigilantes. Con el uniforme, no lo reconocerían. Nadie podría imaginar que la persona que decía “No flash, please” era el mismísimo Harry Potter». (p. 220-221)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Junto con la empatía, el fracaso es el gran tema de la novela: no triunfar en la vida, no tener éxito profesionalmente, en el amor, en la vida en general y, por supuesto, el hecho de sobreponerse a ese fracaso, hacer de él una fuerza. Foenkinos es una persona optimista y hará todo lo posible para llevar a Martin a comprender esa derrota, encontrar consuelo y entender el valor de haber sido el Otro, en lugar de haber sido Harry Potter. ¿Qué tipo de sensación os ha despertado como lectores un personaje tan tragicómico como Martin?
2. A lo largo de la novela el escritor formula muchas preguntas y no las responde hasta el final. ¿Qué os parece esta técnica de escritura?
3. El éxito de los actores de la saga fue abrumador y sobrepasó cualquier expectativa. ¿Hasta qué punto pensáis que se puede llegar a gestionar un volumen de atención y dinero siendo tan joven?
4. No es la primera vez que Foenkinos escribe una biografía: en 2014 publicó *Lennon*, en la que imagina unas visitas de John Lennon a su psicoanalista, y en 2015 *Charlotte*, en la que da vida a la pintora Charlotte Salomon de una manera muy original. Con *Número dos* el autor francés imagina la vida de un desconocido. ¿Qué os parece esa manera de hablar tan sui géneris de vidas que todos conocemos, enfocadas desde ese ángulo tan personal? Por otro lado, ¿habéis reconocido el tono habitual de Foenkinos en este libro, siempre ligero, divertido y mordaz?
5. Harry Potter es probablemente el mayor fenómeno de masas del siglo. Debe de haber poquísimas personas de entre tres y cien años en todo el mundo que no hayan oído hablar de ese pequeño mago, por lo que haber estado a punto de interpretarlo tiene que condicionar la vida de cualquiera. ¿Sentís que es justificado el éxito del fenómeno? ¿Qué opináis de los libros de la saga?
6. Los temas que sobrevuelan todo el libro son el éxito y el fracaso: ¿habéis tenido alguna experiencia en la que os habéis sentido segundones o segundonas?

7. J. K. Rowling es un ejemplo claro de persona resiliente. Foenkinos habla mucho de la capacidad de adaptación de la escritora inglesa a lo largo de la novela y cuenta muy bien cómo logra hacer frente a todas las dificultades que se le presentan. ¿Leyendo *Número dos* habéis aprendido algo que no supierais acerca de J. K. Rowling y Harry Potter?
8. Los libros habían sido un éxito rotundo y solo faltaba encontrar a alguien de carne y hueso que representara la imagen del personaje de ficción que ya tenía tanto éxito a nivel literario. ¿Se os ocurren otros casos de películas basadas en libros cuyos personajes hayan tenido una repercusión mediática tan grande y cuya encarnación haya sido igual de relevante como la de Daniel Radcliffe?
9. El azar es algo que obsesiona a Foenkinos y es uno de los grandes temas de esta novela. En el caso de Martin, cuya vida da un vuelco por dos circunstancias aparentemente azarosas, le afecta muy directamente. En la página 27 de la novela dice «Siempre asociamos el azar con una fuerza positiva que nos catapulta hacia momentos maravillosos. De forma sorprendente, casi nunca se alude a su versión negativa, como si el azar hubiera confiado la gestión de su imagen a un as de la comunicación. La prueba: se suele decir que “el azar hace bien las cosas”, algo que enmascara por completo la idea de que también es capaz de hacerlas mal.» ¿Creéis que es un elemento determinante en nuestras vidas? ¿Estáis de acuerdo con estas declaraciones?

EL AUTOR



DAVID FOENKINOS nació en París en 1974. Licenciado en Letras por la Universidad de la Sorbona, recibió también una sólida formación como músico de jazz. Entre sus novelas, acogidas con entusiasmo por los lectores y la crítica en todo el mundo y traducidas a muchos idiomas, destacan *El potencial erótico de mi mujer* (Premio Roger-Nimier 2004), *En caso de felicidad* (2005), *Los recuerdos* (2011), *Estoy mucho mejor* (2013) y, sobre todo, *La delicadeza* (2009), que fue merecedora de diez galardones y logró ser finalista de los premios literarios más prestigiosos en Francia, como el Goncourt, el Renaudot, el Médicis, el Femina o el Interallié, y que posteriormente fue llevada al cine por

el propio autor y su hermano Stéphane. En 2010, Foenkinos, melómano y fan incondicional de John Lennon, decidió lanzar una singular biografía novelada, *Lennon*, con la que Alfaguara inició en 2014 la publicación de su obra. En 2015 fue galardonado con los premios Renaudot y Goncourt des lycéens por *Charlotte* (Alfaguara, 2018), un libro único que rescató del olvido a la pintora Charlotte Salomon. Tras el éxito de *La biblioteca de los libros rechazados* (Alfaguara, 2017), adaptada al cine, Alfaguara ha publicado también *Hacia la belleza* (2019), *Dos hermanas* (2020), *La familia Martin* (2021) y, ahora, *Número dos*, ganadora del Prix Nice Baie des Anges.

DECLARACIONES DEL AUTOR

SOBRE LOS SENTIMIENTOS

«Cuando sufrimos, revelamos nuestro verdadero carácter. Me doy cuenta de que hablo de esta experiencia en todos mis libros, porque siempre hablan de una ruptura en la vida y de la forma en la que debemos reinventarnos. Cuando estamos mal, nos cuesta soportar la felicidad ajena. Y es aún más terrible hoy día con internet. Nuestro dolor se enfrenta permanentemente a las imágenes maravillosas de la vida de los demás».

«La idea de la posteridad amorosa resta vida, pero creo que la pareja inteligente puede existir cuando nadie renuncia a su propia vida en favor de la común».

«La fuerza de una historia de amor es exponencial al vacío que la precedió. Cuando John Lennon encontró a Yoko Ono, su amor fue potentísimo porque llegaba de la nada. Parecía tenerlo todo, pero no tenía nada. La intensidad amorosa es relativa».

«Mis parejas anteriores se estropearon justo después de tener un hijo. Con frecuencia los periodistas me piden consejos matrimoniales y, sin ser psicólogo marital, contesto que todo es posible. Por eso mucha gente se reconoce en mis libros. ¿Cree que mi gran triunfo es el fracaso? Donde se pasa mal hay una novela. Sin embargo, son los libros lo que ayuda a salir de las dificultades. Para mí son el antídoto frente al fracaso. Sé que el bienestar no dura, el declive acecha. Y no crea, me costó alcanzar cierto éxito. Para mí el triunfo es haber conseguido no escribir nunca el mismo libro. No repetir una fórmula. Tengo obsesión por la fragilidad humana. Para mí, estropear algo es ser humano. Pero no tuve éxito temprano ni amargura por no tenerlo. Una vez a la presentación de una obra solo asistió una mujer. Me contó que era vecina, había olvidado las llaves y decidió esperar a que llegara su marido sentada».

SOBRE LA LITERATURA

«En mi casa no había libros. A mis padres no les gusta que lo diga en las entrevistas, pero es la verdad. No digo que sea negativo, es un hecho: no leían. Puede que por eso me fascinara la vida de Lennon, porque partía de la nada. En el lado positivo, mi madre trabajaba en Air France, mi padre construía torres de control en África y viajábamos. No tenían ningún tipo de interés cultural: ni cine, ni teatro ni literatura, pero querían conocer el mundo».

«La literatura es el dominio superior del engaño. Uno puede rozar la locura y la verdad sin que sea evidente. Eso no ocurre ni en el teatro ni en el cine. La primera siempre es la novela de un buen alumno. Se lo digo a todo el mundo: “No compréis mi primer libro”. El primero con cierto éxito fue *El potencial erótico de mi mujer*. Puede que el título ayudara. Reírte de ti mismo no garantiza que el libro sea bueno. Tras escribir *Charlotte*, que está construida con hechos reales, quedé agotado. Y por eso *La biblioteca de los libros rechazados* es una crítica a la maquinaria, al circo, del mundo editorial y mediático. Es un texto lúdico, irónico y crítico, pero no está centrado en mí mismo. Quise disfrutar escribiéndolo después de pasar un año enterrado en el dolor».

«Potencialmente todo el mundo es interesante. Una mujer que se aburre con su marido es Madame Bovary. Solo hay que bajar a la calle y fijarse en la gente».

«Me gusta crear historias y personajes. Cuando he trabajado con la realidad ha sido para tomar vacaciones de mi imaginación. Charlotte se la descubrí a muchos lectores. Pero hay que ser extraterrestre para no saber quién fue John Lennon. Por eso lo hice hablar en sesiones de terapia. Leí y escuché todas las entrevistas. Estudié obsesivamente sus canciones. Ahí está todo. Y con eso le construí el tono».

«Un escritor no es como un periodista: no necesito informarme. Trabajo con la intuición. Necesito ser yo el que siente las cosas. Cuando lo siento, puedo escribirlo. Y a veces, como en *Hacia la belleza*, siento un dolor que no consigue aflorar. No me pasa todo el tiempo, solo cuando consigo concentrarme. Es como salir de mí mismo pero a la vez encarnar algo externo. Cuando siento eso, pienso que puedo escribirlo. Pero muchas veces me agoto. Por eso combino épocas de gran soledad con épocas de vivir rodeado de gente».

SOBRE LA BELLEZA Y EL ARTE

«Creo que la belleza cura [porque] acompaña, consuela e inyecta curiosidad. Cuando salí del hospital, todo me gustaba: los museos, la naturaleza, la música. Estaba bulímico. Lo quería saber todo. Entre los 16 y los 25 años leí como un poseo. Pero no intelectualizo el arte. Es como la psicología de los personajes: tengo que sentirlo».

«[La belleza no siempre nos salva]. Hay cosas demasiadas graves, pero sí puede consolar. Es como la religión. Mi personaje [de *Hacia la belleza*] va al museo como otros van a la iglesia, es una forma de apaciguamiento. Pero no vale para todos. Hay situaciones demasiado graves. En mi libro también está esa parte, que el arte no salva del todo».

«[La belleza está] en todas partes, porque después de mi enfermedad y la proximidad de la muerte quiero gozar de la vida y de todo lo que es hermoso. Hay muchas cosas bonitas en el mundo».

«Muchas veces voy al museo sin mirar los cuadros, pero es que me gusta pasearme

por las exposiciones, me gusta el ambiente, estar rodeado de obras de arte y de artistas. De hecho, a mi hijo, a veces, cuando le llevo a los museos, le digo que elija un solo cuadro de la sala y lo vemos. Solo ese. Solo uno pero a fondo».

«Ni todas las mujeres son delicadas ni todas aman a los hombres delicados. Las redes sociales han activado la excitación del deseo del otro. Pero Instagram es un nido de frustración. Es la propaganda del bienestar de los otros. Y además no es verdad. Estamos obsesionados con la imagen de la felicidad y deberíamos estar muy contentos con lo que somos».

«[Antes tenía] la obsesión de ser cada vez más divertido escribiendo. Pensaba que si no era divertido los lectores se aburrirían. Ahora he aprendido a escribir temas más serios de vez en cuando. Pero admiro a quien nos hace reír. Es hiperagradable reírse leyendo un libro o ir al cine y encontrarte a todo el mundo riéndose. Luego, claro, están los que no entienden que el humor no está reñido con la seriedad. Todo lo contrario: la subraya».

SOBRE EL ÉXITO

«Seguramente el éxito [es lo que más nos cambia]; llega con envidia y agresividad. El gran triunfo es ser feliz, pero hemos reducido tanto nuestra ambición de ser felices que el bienestar puede llegar de ver tropezar a los demás».

«Por eso digo que es más difícil lidiar con la victoria que con el fracaso. Claro que me proporciona placer gustar a los lectores, pero sé que mejoro cuando sigo pensando que lo puedo hacer mejor».

«Yo era considerado literario, me publicaba Gallimard. Pero cuando llegó el

gran éxito, cierta crítica decidió que me había vuelto popular. Dio igual que esos libros obtuvieran grandes premios [Re naudot o Goncourt des Lycéens]. Por eso me siento mejor en el extranjero, donde se valora cada novela y no se tiene en cuenta que hagas películas con Monica Bellucci y Carole Bouquet. Estar expuesto conduce a ser criticado. Claro que unos libros gustan más que otros, ¡a mí me pasa! Pero lo que no tiene vuelta atrás es el camino hacia lo sencillo. Estoy convencido».

«Me conozco en todas mis sombras, tan profundas como mis luces».

LA CRÍTICA HA DICHO

DE NÚMERO DOS

«Una novela divertida y melancólica, cruel y dramática».

Laurence Caracalla, *Le Figaro Littéraire*

«Gracias por este libro, hechicero Foenkinos, maestro en el arte de narrar las magulladuras de la infancia e incapaz de abandonar a los personajes a su suerte».

M. P., *L'Express*

«Un relato vivo, mordaz y divertido. Como un dios burlón, Foenkinos juega con los nervios de sus personajes».

Claire Julliard, *L'Obs*

«Foenkinos transforma una idea brillante en una novela cautivadora [...] con humor teñido de melancolía».

Corinne Renou-Nativel, *La Croix*

«Todo el talento de este novelista del alma reside en la sutileza de las preguntas que formula, cuya respuesta no conoceremos hasta la última página».

C. L., *Le Pèlerin*

«Una novela que cuenta los entresijos del increíble éxito de la saga de Harry Potter mientras se cuestiona el sentido de nuestros fracasos».

Estelle Lenartowicz, *Point de Vue*

«Entre la inspiración para poner siempre la mejor palabra y el peso de la ansiedad, David Foenkinos firma una historia sorprendente, llena de esperanza. Las eternas segundas oportunidades sostienen su novela insignia».

Le Pays Briard

«David Foenkinos vuelve con una novela que va mucho más allá de la simple anécdota del cine: repasa nuestros fracasos, traumas y cómo volver a empezar de cero. ¡Emociones a tutiplén! [...] Caemos rendidos ante un protagonista inolvidable y por quien sentimos una fuerte compasión. Pasas de la risa al llanto sin pestañear gracias a un lenguaje sencillo, eficaz y accesible».

Marianne Kmiecik, *PAGE*

«Foenkinos sondea con delicadeza una tragedia íntima. [...] Un auténtico placer».
C. A., *Femme Actuelle*

«Es cierto que, con sus gafas y su talento sensible y proteiforme, Foenkins también es un mago... de las palabras».
Alexandre Carini, *Nice Matin*

«Una gran lección de relatividad y resiliencia: uno de los libros más amenos y accesibles del año».
Marie-Aimée Bonnefoy, *Charente Libre*

«Sin perder su travieso sentido del humor, Foenkins explica de una manera muy inteligente la complejidad psicológica de la trampa en la que cayó su desdichado héroe».
Michel Paquot, *L'Avenir*

«El autor de *La delicadeza* vuelve a dar en el clavo al mezclar ficción y realidad en esta novela tan ingeniosa como que entretenida. Formidable».

Héloïse Goy, S. *Le Magazine de Sophie Davant*

«Una novela hermosa y sensible, llena de empatía. Tanto el fracaso como el éxito tienen su lado oscuro y la victoria solo llega cuando tomas el control».

Marina Kacan, *Télé 2 Semaines*

«Imaginando la vida de este número dos desconocido con mucha empatía, Foenkins ha escrito una novela sensible, divertida y conmovedora que demuestra que un fracaso también puede ser una bendición».

A. M., *Version Femina*

